



## El humilde gamón

**José Manuel Mayordomo Rubio**

Pocas plantas silvestres han sido más importantes en la economía y la vida de las gentes de la sierra que el gamón, pronunciado siempre en plural, los gamones.

Desde muy pequeño oía historia sobre los gamones, sus usos, su recolección, y la importancia que tenían en la economía de las familias, pues resulta que eran un alimento básico para alimentar al gorrino familiar, del cual dependía el alimento proteínico de la familia durante no pocos meses del año.

Vamos a contar algunas cosas como especie botánica. Su nombre científico es *Asphodelus Albus*. Lo de Albus viene por el color blanco de la flor, francamente bonita. Y el de *Asphodelus* viene del griego y significa cetro, el símbolo del poder real. Una traducción podría ser «Cetro Blanco». En la antigüedad sus flores se colocaban sobre las tumbas, ya que era la flor preferida de Perséfone, la reina del inframundo, o sea del reino de los muertos.



Flor del gamón.

## Naturaleza: El humilde gamón

La planta echa un manojo de tallos en su base y de esta base sale un tallo alto (de más de 1 metro) y hueco que da la flor. Este tallo en el pueblo se le llamaba «Gamonita». Se usaba para hacer cañas de zambombas. Tal vez por este tallo en algunos sitios se le conoce como «Vara de San José», pues para San José suele florecer, aunque esto varía según los sitios, dependiendo del clima del lugar.

En otros tiempos, y tal vez en otros lugares, pues en la sierra no me consta, las raíces cocidas (crudas son venenosas) de la planta se usaron como alimento humano, conociéndose como «patatas de los pobres» y también se extraía una cola que se usaba para encuadernaciones.

Dichas estas generalidades, vamos a hablar de los gamones en Masegosa, y por ende en el resto de la Sierra.

Los gamones eran un alimento básico para el gorrino o gorrinos de la casa, y se les daba junto con otras plantas tales como remolacha, patatas... bueno más bien serían las cáscaras y las viejas que se echaban a perder, con todo ello se preparaba el «caldero del gorrino», o sea todo esto estaba hervido, algo necesario pues las hojas de los gamones contienen una toxina, la asfodelina, la cual desaparece con la cocción, es por eso que en el campo las hojas de los gamones están intactas pues ni los jabalíes ni los ciervos las comen.

La recogida de la cosecha de gamones estaba regulada por la costumbre y la tradición. Mas o menos para San Juan o San Pedro se desvedaban los gamones y entonces era como una estampida, todo el mundo salía a la Sierra a recogerlos, mayormente la familia entera, chicos y grandes, comían y dormían en el campo, eran días de trabajo pero también de alegría, con reuniones de familias al amor de la lumbre y bajo las estrellas. Los niños, que también iban, jugaban y correteaban en medio de esta cosecha, regañados por sus padres que les decían que allí se estaba para trabajar y no para jugar.



Planta de gamones.

Cada persona o más bien cada familia cogía un trozo de terreno e iba recogiendo gamones, iba «marcando» la zona que consideraba suya y si alguien ajeno se acercaba más de lo que consideraba tolerable ya había trifulca liada. En definitiva no muy diferente de lo que hacen los ciervos en la berrea, marcar el territorio ante los ajenos. No me han contado mis padres que hubiera peleas violentas por eso, pero voces y discusiones estaban a la orden del día.

Mucha gente la víspera del día de desvedar ya se iba a dormir a la parcela que deseaba recoger, aplicando eso de que «al que madruga Dios le ayuda».

Si la recogida era en los terrenos del pueblo no había que pagar nada, pero si era en Belvalle el guarda de la finca estaba allí puntualmente para cobrar una pequeña «mordida» la cual era para él. Se le pagaba en especie, patatas, judías, etc. no creo que alcanzara para jamones y chorizos, y desde luego no se le escapaba ni uno sin pagar. El guarda vivía en la «casa de Belvalle» en el Quinto Majaleche, desde allí

subía hasta la entrada del carril de Corral de Blanco, pues por allí solía entrar la gente, y en plan aduanero cobraba el derecho de recogida.

Los gamones se recogían a mano, sin hoz ni herramienta alguna, arrancándolos de la cepa, para San Juan los gamones ya no estaban verdes aunque tampoco secos y chuscarrados del todo como los vemos en agosto, así que se arrancaban más o menos bien. Con esos manojos se iban haciendo gavillas que se ataban con cuerdas, no con vencejos<sup>1</sup> como el cereal. Los vencejos se hacían anudando dos manojos de centeno desgranado, supongo que porque era más barato eso que la cuerda, y eran eficaces para atar las gavillas de trigo, cebada y avena.

<sup>1</sup> La RAE define vencejo como «Lazo o ligadura con que se ata algo, especialmente los haces de las mieses».

## Naturaleza: El humilde gamón

---

Mi madre me ha contado que más de una vez al ir a arrancar los gamones se encontraban algún nido de pajarillo, y les daba una inmensa alegría, sobre todo a los niños, lo contemplaban extasiados, me dijo que ellos nunca tocaron ningún nido. Aunque a veces no te encontrabas un nido de un hermoso pajarillo sino una víbora, o culebra, y ahí el susto era grande, aunque no se recuerda de nadie picado por una víbora en la recogida de gamones, y es que pese a la mala fama de estos reptiles, son muy pacíficos y tímidos, y preferirán siempre huir a atacar, pero siempre puede haber un fatídico encuentro.

Estas gavillas de gamones se iban colocando sobre el terreno, a modo de lindes de propiedad, como he comentado antes, que se respetasen o no ya era otra cosa...

A medida que iba creciendo el número de gavillas de gamones se iban haciendo viajes al pueblo acarreándolo con los mulos y se llevaban a la era donde se dejaban para que se secan del todo. No se trillaban sino que una vez secos se almacenaban tal cual. Mi padre me comentó que cree que por los menos hacían ocho viajes hasta tener una buena parva en la era. En cuanto al peso, por decir una cantidad, me dijo que podrían ser 300 kilos que eran guardados en los pajares u otros sitios como sustento para el gorrino hasta la próxima campaña.

Ahora cuando veo los gamones erguidos en el campo secos y aparentemente sin uso ni valor, no dejo de pensar en aquellos tiempos en los que nuestros padres y abuelos tanto trabajaron y tanto valoraron esta humilde planta.

Quisiera hacer un llamamiento para que historias como estas no queden en el olvido, nos queda poco tiempo para nuestros mayores nos cuenten su modo de vida y sus vivencias, debemos recogerlas para que las mismas no se borren en tiempo. Porque el fin del recuerdo es la muerte definitiva y por el contrario, nadie muere mientras es recordado. Y nosotros deberíamos tener el deber de recordarlos y explicar cómo vivieron para dejar testimonio para que las futuras generaciones valoren el esfuerzo de sus antepasados.



**P**ORTAL DE SERRANÍA, S. L.  
LA FRONTERA (Cuenca)